

# MORDISCO AL VIEJO ORDEN

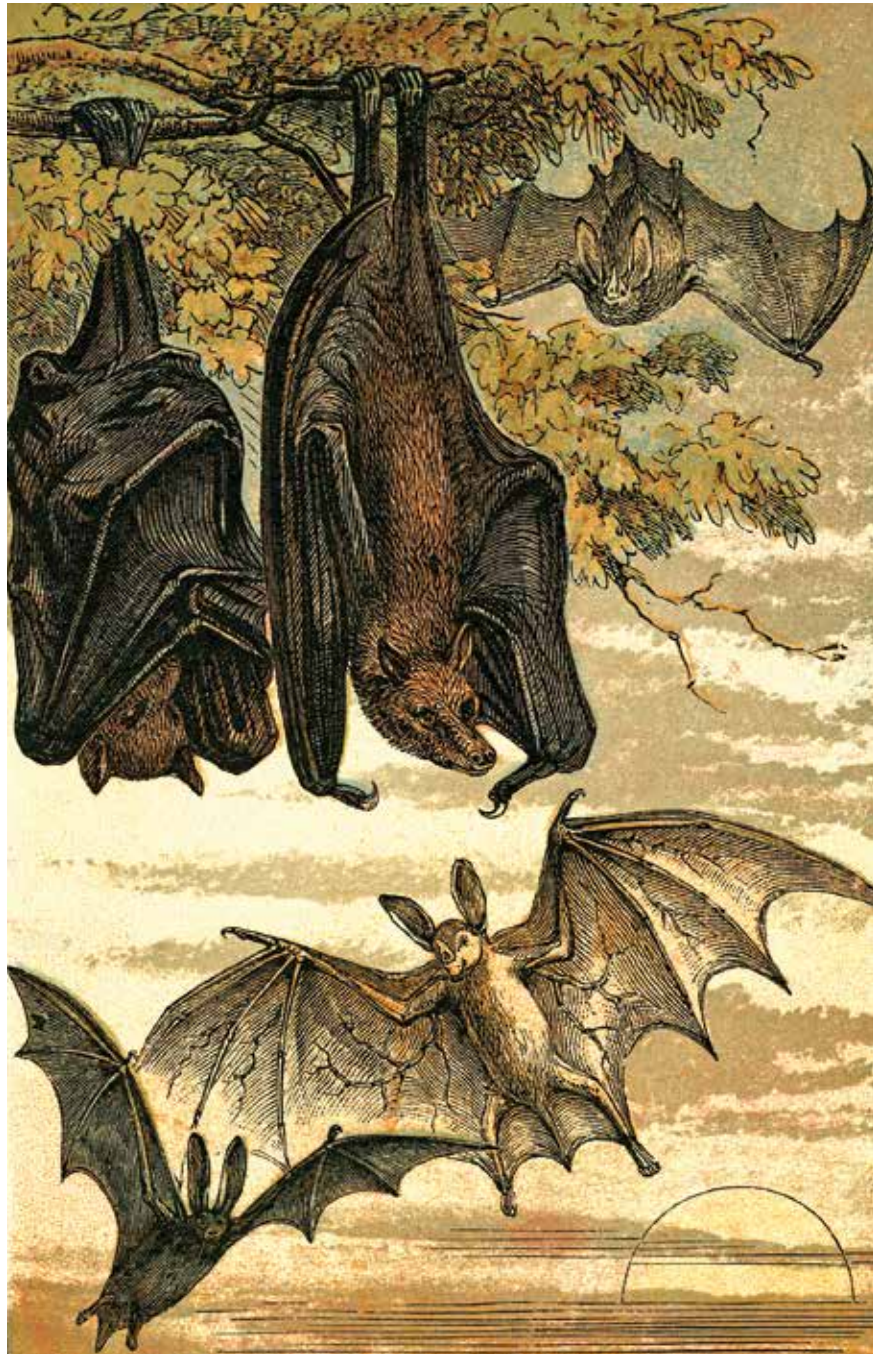
El estallido vampírico de 1732 en Serbia sumió a Europa en la oscuridad. Los colmillos de los resucitados desangraron a la teología en su lucha con la medicina por monopolizar el saber.

ANTONIO ORTÍ PERIODISTA



Cuando el 7 de enero de 1732, el cirujano militar Johann Flückinger desenterró el cuerpo de Arnont Paule en Medveda (Serbia), cuarenta días después de su muerte, descubrió que “estaba entero e incorrupto, y que fluía sangre fresca de sus ojos, nariz, boca y oídos”. Por todo ello, dedujo que se trataba de un vampiro. Esto puede leerse en el informe oficial que redactó el mando militar del ejército austríaco en Belgrado cuando Flückinger acudió a la frontera turca. En compañía de otros dos cirujanos, un teniente coronel y un alférez, debía realizar la autopsia de diez cadáveres en “estado vampírico”, en la que fue la primera investigación médica de carácter científico sobre esos muertos inquietos. “Hasta entonces, nadie había oído hablar de algo parecido, ni siquiera en los siglos oscuros”, indica Álvaro García Marín, autor de *Historias del vampiro griego*. El sacerdote benedictino Antoine Augustin Calmet fue uno de los primeros historiadores en abordar el fenómeno. En el tratado que publicó en 1753 (*Dissertations sur les apparitions des anges, des démons & des esprits. Et sur les revenans et vampires. De Hongrie, de Bohème, de Moravie, & de Silesie*) afirmaba: “Ya pueden repararse las historias de los hebreos, de los egipcios, de los griegos o de los latinos, que no se hallará nada que ni siquiera se le aproxime”. Es decir, seres de carne y hueso (en lugar de fantasmas) que salían y entraban con garbo a sus ataúdes para llevar el caos a pueblos, regiones y países. Solamente tras el estallido vampírico de Serbia de 1732 se escribieron hasta treinta y tres tratados, en los que se informaba de sus “menús” preferidos y de su probable procedencia (los rumores señalaban que muchos eran turcos o habían vivido con los albaneses).

A comienzos del siglo XVIII, las principales diferencias entre pueblos vecinos eran las religiosas y lingüísticas. Por aquel entonces, la frontera entre el Imperio otomano y el austríaco fluctuaba constantemente, “lo que generaba poblaciones flotantes y sin arraigo”, desvela García Marín, filólogo de la Universidad de Málaga y profesor en el Programa de Estudios Helénicos de la Universidad de Columbia (Nueva York, Estados Unidos).



Para este experto en estudios neogriegos, la conocida atracción que sentían los vampiros por los cuellos de sus víctimas bien pudo deberse a un malentendido. “En su informe, Flückinger recoge que, al exhumarse un cadáver, alguien observó una mancha morada bajo la oreja, lo que llevó a uno de los presentes a elucubrar que aquel debía de ser el lugar por donde el vampiro chupaba la sangre”. Cuando el informe llegó a la prensa occidental, “es-

te rasgo, que no estaba presente en la cultura local, se convirtió en primordial, pues hasta ese momento se creía que los vampiros se alimentaban a distancia de la energía vital de los vivos, por una especie de magia simpática”, añade García.

#### Un elemento perturbador

Los vampiros condicionaron la política de las naciones ilustradas durante el siglo XVIII, preocuparon a los responsables de

**La pesadilla,** obra de Henry Fuseli de 1781.

**A la izqda.,** ilustración de *Historia natural*, de Frederick Warne, que muestra distintos tipos de murciélagos-vampiro.

**En la pág. anterior,** grabado del siglo XIX sobre unos murciélagos que chupan la sangre a los hombres dormidos.



## El papa Benedicto XIV negó tajantemente la existencia de los vampiros

las Haciendas públicas a causa de su repercusión económica (pues, al desenterrar los cuerpos, propagaban epidemias), incentivaron la discusión en las universidades (especialmente en las médicas), movilizaron al Vaticano, proporcionaron material sensible a los filósofos y, sobre todo, acapararon la actualidad de los principales diarios y revistas del continente. Pero ¿dónde empezó todo? Los rumores aparecidos en Serbia en 1732 “contagia-

ron” pronto a las zonas adyacentes hasta conformar el llamado “cinturón vampírico” (Hungría, Moravia, Moldavia, Silesia, Valaquia, Polonia...). Fue en este espacio geográfico donde el vampirismo pasó de constituir una creencia folclórica de la periferia eslava a convertirse en un mito global. Se trataba de un punto de encuentro entre lenguas, culturas y creencias, donde confluían los grandes imperios europeos con los otomanos. Sin embargo, el kilómetro cero de la leyenda podría hallarse en el impacto que produjo en los eslavos, antes de ser cristianizados, que los cadáveres fueran enterrados en perfecto estado de revista, a diferencia de las cremaciones que realizaban hasta entonces. Ello provocó que los lugareños empezaran a sospechar que algunos muertos estaban muy vivos, dando pábulo a rumores que sugerían que, en determinadas circunstancias (por ejemplo, en el caso de los excomulgados

o de quienes habían llevado una vida poco decente o digna), el diablo podía introducirse en sus cuerpos y penar en ellos. Miguel Barnades (1708-1771), el médico de cámara de Carlos III, lo dejó bien claro en *Instrucción sobre lo arriesgado que es, en ciertos casos, enterrar a las personas, sin constar su muerte por otras señales más que las vulgares*, obra publicada póstumamente en 1775.

#### Contra la superchería

El vampiro cumplió la función social de impedir cualquier tipo de transgresión de las normas religiosas, en un momento en que la teología monopolizaba todo el saber. La primera reacción del papa Benedicto XIV fue negar tajantemente la existencia de los vampiros, pues eran el reverso de la moneda de Cristo y del plan providencialista: que el demonio pudiera introducirse en un cuerpo era como admitir que existían límites a la omnipo-

## Los parientes históricos

➤ **El árbol genealógico de** los vampiros remite a la antigua Roma y a demonios como la empuja y la lamia (un ser mitológico con cabeza de mujer que sorbía hasta la última gota de sangre de algunos jóvenes mientras dormían). Otros de sus parientes lejanos fueron los *Nachzehrer*, o muertos mastigantes alemanes “aparecidos” en la Edad Media. Se distinguían por la truculenta costumbre de devorar su mortaja y, al acabar con ella, su propia carne, emitiendo gruñidos semejantes a los de un cerdo, todo ello sin abandonar la sepultura.

➤ **Y lo mismo** cabe decir de los brucolacos, o vampiros griegos, que empezaron a dar que hablar desde que en 1506 los nombrara el humanista italiano de origen griego Antonio De Ferrariis, alias el Galateo. Un brucolaco era un cadáver que

permanecía incorrupto durante un tiempo anormalmente largo por causas pretendidamente sobrenaturales y que, de golpe y porrazo, se levantaba de su tumba. A diferencia del vampiro eslavo, el brucolaco no mordía a sus víctimas ni se alimentaba con su sangre, sino que las atacaba sentándose sobre su pecho mientras dormían y estrangulándolas.

➤ **Pero si los** vampiros se parecieron poco a sus antecesores, todavía se asemejaron menos a sus sucesores cinematográficos tras el *revival* que supuso que Bram Stoker publicara *Drácula* en 1897 (abajo, *Nosferatu*, vampiro de la noche, película de Werner Herzog de 1979). Los vampiros surgidos a partir del siglo xx sumarán a sus afilados dientes el ser depredadores sexuales y enemigos declarados de la religión y el orden social establecido.



tencia de Dios, en el sentido de que era posible resucitar sin su permiso. En *De vanitate vampyrorum* (1743), el papa declaraba que los vampiros constituían una superchería nacida de la ignorancia, postura oficial de la Iglesia católica en lo sucesivo. Pero no ocurrió así con los sacerdotes locales, que acudían siempre que eran reclamados por los lugareños a desenterrar cadáveres sospechosos para clavarles estacas en el corazón.

Nadie ejemplifica mejor el proceso de desautorizar la superstición como Gerard van Swieten, el médico personal de la emperatriz austríaca María Teresa, quien legisló contra la crisis vampírica de 1755 en Bohemia y ejerció de primer ministro *de facto* a lo largo de varias décadas, llevando a cabo reformas que lograron restringir la influencia de la Iglesia. Su objetivo era expulsar a los vampiros para siempre de los confines del saber respec-

table, por lo que acusó al Consistorio Episcopal de profanar los cadáveres y no corregir la ignorancia de los aldeanos. A partir de que Swieten toma cartas en el asunto, la consigna pasa a ser avisar a los funcionarios del Imperio cada vez que se revele la existencia de un presunto vampiro, en lugar de dejar la “solución” en manos de los religiosos que ayudaban a las pobres gentes “a cambio de cobrar un extra o de un banquete”, afirma García Marín. El título de su libro, *Historias del vampiro griego*, hace referencia a que, durante el siglo xvi, Grecia fue en el imaginario lo que siglos después sería Transilvania, a causa de los brucolacos, como llamaban los cristianos griegos a los espectros poseídos por demonios. Por lo que se refiere a los monarcas, en un primer momento tendieron a creer que había realmente vampiros. Jorge II de Inglaterra estaba convencido de su existencia, e ídem de ídem Carlos VI de Austria. El propio Luis XV de Francia se interesó tan vivamente por sus colmillos que pidió a su embajador extraordinario en Viena, el duque de Richelieu, que investigara el asunto en mayor profundidad. Richelieu negó inmediatamente su veracidad, pero el rumor del interés del monarca bastó para promover la curiosidad de la alta sociedad por las noticias de este género. En la corte alemana hubo iniciativas semejantes.

En cuanto a la medicina (uno de los brazos de la emergente ciencia racionalista), “achacaba la existencia de los vampiros al poder de la imaginación, a trastornos psiquiátricos, incluso a factores anatómicos”, resume García Marín. También las malas condiciones higiénicas de las poblaciones locales, así como su deficiente alimentación, explicaban desde un punto de vista médico el hecho de que las tropas austríacas estacionadas en la región resultaran inmunes a un fenómeno que entre los autóctonos había desatado grandes mortandades. En concreto, el consumo de carne en mal estado, la carencia de trigo en la dieta, la proliferación de insectos cuya picadura transmitía diversas dolencias o las condiciones climáticas adversas de los Balcanes, con noches muy frías y días calurosos, eran responsables de la aparición de fiebres contagiosas que provocaban delirios, pe-

**Antiguo molino** de agua en el río Rogačica, cerca de Zarožje (Serbia), donde, según una leyenda, sigue morando el vampiro Sava Savanović.



## Los vampiros propiciaron enconados debates en las universidades alemanas

sadillas y trastornos de la imaginación, avivando la llama de las supersticiones que tan libremente circulaban entre los eslavos de estos territorios. Pero se trataba de un asunto muy complejo, con implicaciones filosóficas. “Existía una corriente que reivindicaba el alma vegetativa aristotélica y que lindaba con el ocultismo”, indica Álvaro García Marín. Varias corrientes filosóficas pugnaban por explicar el vampirismo de la manera

más satisfactoria. Una de ellas tenía al frente a Voltaire, para quien los vampiros eran un “cuento de viejas” impropio del Siglo de las Luces. Según anotó el pensador francés en su *Diccionario filosófico*: “Entre 1730 y 1735, no se oyó hablar de otra cosa que no fueran los vampiros; los persiguieron, les arrancaron el corazón y los quemaron. Pero eran como los antiguos mártires: cuantos más quemaban, más aparecían”. Asimismo, los vampiros propiciaron enconados debates en las universidades, sobre todo en las alemanas, las más eruditas del momento. Tampoco los asiduos a los salones de las principales capitales europeas hablaron de otra cosa hasta prácticamente el año 1760, escindiéndose entre creyentes y escépticos, aunque con clara ventaja para los primeros, ya que los aristócratas se decantaron por ser frívolos. Conforme avanzó el siglo xviii, los vampiros regresaron a sus tumbas, aunque

no todos, como demuestra que su rastro pueda seguirse en pleno siglo xxi en Pielești (Rumanía) o Zarožje (Serbia). En esta última localidad, se rumorea que un tal Savanović sigue viviendo en un molino de agua y mata a quien se le acerca para chuparle la sangre poco a poco... ●

### Para saber más...

**ENSAYO**  
COLLIN DE PLANCY, JACQUES. *Historia de los vampiros y de los espectros maléficos*. Alicante: E-traducción, 2025.  
GARCÍA MARÍN, ÁLVARO. *Historias del vampiro griego*. Madrid: CSIC, 2017.  
GÓMEZ ARACIL, MIGUEL. *Vampiros. Mito y realidad de los no muertos*. Madrid: Edaf, 2003.  
GROOM, NICK. *El vampiro. Una nueva historia*. Madrid: Desperta Ferro, 2020.  
**NOVELA**  
STOKER, BRAM. *Drácula anotado*. Madrid: Akal, 2018.